

« ¿ Con la gente francesa ,
 « Que vuestra santa Religion profesa ,
 « Una inviolable obligacion no os liga ?
 « ¿ Por ventura no abriga
 « Cada cual de vosotros la esperanza
 « De ver deshecha en breve
 « A esa canalla aleve ,
 « Que armas no tiene , aliento ni pujanza ? »

Estas y otras razones ,
 En voz alta y sonora pronunciadas ,
 A los jefes bretones
 Conmueven y á sus tropas denodadas.
 Dando así , cual se dice , con la espuela
 Nuevo vigor al alazan que vuela ,
 En tres huestes divide
 El paladin de Montalban su gente ,
 Mandando á cada cual que con silencio
 De su bandera se coloque al frente.

Del buen Zerbino encomendando al brio
 Que al musulman ataque , junto al rio
 Despliega las legiones del de Irlanda ,
 Mandando que , en su centro
 Y de Alencastro unida al estandarte
 La inglesa gente , por distinta parte
 Marche tambien del árabe al encuentro ;
 Y , á cada cual trazando su camino ,
 Por la orilla del Sena se adelanta ,
 Y las tiendas sorprende
 Do , con el rey de Oran y el rey Sobrino ,
 Se halla el puesto avanzado
 Que , á media milla , por aqueste lado
 El campamento musulman defiende.

Al llegar ante el moro , el labio mudo
 Mas largo tiempo contener no pudo
 La valerosa hueste , que por guia
 Al Silencio y al Ángel conducia ,
 Y , con el son agudo
 De trompas y clarines , hasta el cielo

Subiendo estrepitosa vocería ,
 En las venas del moro vierte hielo.
 Lleno de ardor , el paladin gallardo
 Los flancos hiere al rápido Bayardo ;
 Su lanzon enarbola ,
 Y , terrible y veloz cual torbellino ,
 Dejando atras la hueste de Zerbino ,
 Avanza audaz y embiste á la española.

A su vista el pagano
 Muestras da claras del terror mas vivo.
 Tiembla el asta en su mano ,
 Su pié vacila dentro del estribo.
 Solo en tanto conflicto el rey Puliano
 De su espíritu guarda la presencia ,
 Y , no pensando hallar tal resistencia ,
 La lanza enristra , y llega sin demora
 Hacia Reinaldo , cuyo nombre ignora.

Tampoco por su parte lo desmiente
 El paladin valiente ,
 Que , de la guerra en el difícil arte ,
 Mas que de Amon , parece hijo de Marte.

Sobre el contrario yelmo
 Las armas resonar cada cual hace
 Con estrépito igual ; pero no basta
 Blandir con gracia y con denuedo el asta ;
 La caprichosa suerte ,
 A quien no siempre la justicia place ,
 Gloria á Reinaldo da y al moro muerte.

Muerto Puliano , su terrible lanza
 El paladin recobra ;
 Y de nuevo enristrándola , se avanza
 Contra el de Oran de insólita estatura ,
 A quien en alma cercenó natura
 Lo que en materia le otorgó de sobra.

En lo mas bajo del broquel tan solo
 Le alcanza el héroe ; pero ménos crudo
 No fué por eso el golpe que , el escudo
 Y el vientre del gigante atravesando ,

Dió por allí salida
 Del cuerpo enorme al alma reducida.
 Y, á podérselas dar, rendidas gracias,
 Por haberle evitado tal molestia,
 Diera sin duda al paladin la bestia
 Que su carga temia
 Tener que soportar todo aquel día.

Rota la lanza, su corcel revuelve,
 Y, veloz cual el rayo,
 Acomete á la turba y la disuelve.
 A su contacto rotas,
 Cual si de vidrio fueran, por los aires
 Saltan rodelas, túnicas y cotas.
 Nada oponerse á su violencia puede.
 Ante Fusberta cede
 Aquella chusma, que, aterrada y triste,
 De su razon la calma no conserva;
 Pues mal resiste á la segur la yerba,
 Mal la cebada al Aquilon resiste.

Con igual confianza
 A la que muestra lobo carnicero
 Acometiendo á cabra ó á cordero,
 La hueste de Zerbino en tanto avanza,
 Y, clavando al corcel el acicate,
 Cada guerrero salva de repente
 El reducido espacio
 Que le separa de la adversa gente.
 Mas terrible combate
 Jamas se vió; pues, sin que apénas puedan
 Herir á un adversario, por el suelo
 Tendidos miles de agarenos quedan.

Cubiertos los demas de espanto y hielo,
 Ver se figuran por do quier la espada
 Por el señor de Montalban vibrada.
 Solo Sobrino, en tan difícil trance,
 De su denuedo á dar señal se apresta.
 Su division, compuesta
 De todo cuanto habia

De ménos malo entre la mora gente,
 Estaba, empero, léjos todavía
 De merecer el nombre de valiente.
 La suya, mal armada,
 Conduce Dardinelo, que cubierto
 De rica cota y fúlgida celada
 Marcha detras. Al mando de Isolerto
 Otra bien presto acude mas bizarra.

Al verle con las gentes de Navarra
 En la batalla entrar, el pecho late
 Al invicto Trason, duque de Marra,
 Que la ansiada señal da del combate.
 De Albania el nuevo príncipe, Ariodante,
 Mueve tambien su escuadra en este instante.

Al fragor de trompetas, atambores,
 Y otros mil sonoros instrumentos
 Se mezcla el de las máquinas, las armas
 Y pertrechos de guerra. Los clamores,
 Las quejas, los lamentos,
 Y hasta el rugir continuo de los vientos,
 Forman juntos un ruido semejante
 Al que hace el Nilo cuando
 Se sepulta en el piélago espumante.

El aire proyectiles oscurecen,
 Y el humo del sudor, el polvo, el vaho
 La luz del cielo sofocar parecen.
 Muévense los dos campos. Sangre esmalta
 La tierra de ambas partes, y no falta
 Quien muerte encuentre al lado
 De alguno por su cólera inmolado.

Si cansada una hueste se repliega,
 Otra á ocupar su puesto se adelanta.
 Por aquí un peloton de infantes llega;
 Por allá un escuadron se les agrega.
 La tierra que los mira, en amaranto
 Tiñe su verde manto,
 Y, en vez de sus pintados ramilletes,
 Por el suelo esparcidos, con espanto

Infantes ve, caballos y jinetes.

Dispersando á la turba que le acosa
Da Zerbino entretanto
De su valor la prueba mas gloriosa.
Tambien, delante de su nueva gente,
Ariodante da pruebas de valiente,
Y aterra y maravilla

Al navarro escuadron y al de Castilla.

Dejando atras los suyos y creyendo
Venir sin duda á recoger laureles,
Contra Zerbino empujan sus corceles
Mosco y Zelindo, hijos los dos bastardos
Del rey de Zaragoza Calabruno.

Acompañales uno

Que, entre los mas gallardos,
De ser gallardo paladin blasona;

Este es Calamidor de Barcelona.

Por sus tres lanzas traspasado á un tiempo
Viene á tierra el corcel, mas no Zerbino,
Que, de su muerte por lograr venganza,
Contra los tres impávido se lanza.
Su primer golpe, del arzon sacando
Al triste Moseo, jóven inexperto
Que en la victoria estaba ya pensando,
Le hace al suelo venir pálido y yerto.

Al verse arrebatado al caro hermano,
De rabia y de dolor Zelindo lleno,
Embiste al escoces; mas, por el freno
Sujetando este al bruto, le derriba,
Y con mano tremenda

De vida al amo y al caballo priva.

Horrorizado, en revolver la rienda
Calamidor no tarda.

«Aguárdate, traidor; aguarda, aguarda,»

El escoces le grita:

Tras él se precipita,

Y, sin tocar al que el arzon ocupa,

Mata al caballo, hiriéndole en la grupa.

Por tierra el agareno rastreando,
Conjurar quiere su destino infando;
Pero Trason, sobreviniendo en eso,
De su corcel lo abruma bajo el peso.

Hácia el sitio do, solo y arrogante,
Lucha Zerbino, acuden con presteza
Lurcanio y Ariodante

De un brillante escuadron á la cabeza.

Bravo el de Albania, á Artálico y Margano

Poniendo en fuga, el postrimer suspiro

Hace exhalar á Etarco y Casimiro,

Miéntras con brazo fuerte

Sembrando va Lurcanio estrago y muerte.

No ménos en el llano que en el rio

Era cruda entretanto la batalla;

Ni ménos que la hueste de Zerbino

Mostraba esfuerzo y brio

La que de Irlanda y de Inglaterra vino.

Del duque de Lancaster so la enseña

Vivo combate esta legion empeña,

Y jefes y soldados

De igual ardor se muestran animados.

Delante van Oldrado y Faramundo,

Duques de York y Glócester. Ricardo,

Conde de Warich sígueles. Gallardo

El de Clarenza va despues; y al frente

Dellos forman su gente,

Para el combate lista,

Folicon, Baricundo y Matalista.

Cual se mecen al céfiro de mayo

En sus frágiles cañas las espigas,

O cual del mar al límite arenoso

Vienen y van las olas sin reposo,

Así, llenas de aliento ó de desmayo,

Se mueven las dos huestes enemigas,

Hasta que al fin, cansada la fortuna,

La espalda vuelve al de la media luna.

Miéntras que á Matalista por el pecho

Levanta Oldrado en su robusta lanza
 Y del corcel lo arroja á largo trecho,
 En el hombro derecho
 Al de Almeria Faramundo alcanza.
 Cautivos ambos quedan del britano.
 Cruda mucho mas que esta fué la suerte
 De Baricundo, á quien con propia mano
 El duque de Clarenza dió la muerte.

Desalentado, el bárbaro africano
 Huye en desórden. Con ardor se arroja
 El cristiano tras él, lo desaloja;
 Y rota y destrozada

Quedara en esta célebre jornada
 Gran parte del alarbe campamento,
 Si Ferragut, que al lado de Marsilio
 Hasta entónces estuvo, nuevo aliento
 No viniera á infundirles con su auxilio.

A su bridon clavando el acicate,
 Se dirige hácia el sitio del combate
 Y llega en el momento

En que, partida la cabeza, á tierra
 Del arzon baja Olimpio de la Sierra.

Era este un jóven cuyo dulce acento,
 Unido de la citara á los sonos,
 Cual la cera ablandaba
 Los mas empedernidos corazones.

¡Feliz si en sus endechas
 Cifrando su ventura, ni en aljaba
 Pensara, ni en broquel, alfanje ó flechas!
 Que de las musas fieles
 Valen mas que de Marte los laureles.

Ferragut, que le amaba, al verle muerto
 Se duele mas que al ver teñido en rojo
 El suelo de cadáveres cubierto.
 Ciego de ira y de enojo,
 Al que la muerte diérale, acomete,
 Y, rompiendo su almete,
 El cráneo, el cuello, el pecho le divide,

Y del arzon á tierra lo despide.
 Con su terrible espada hace en pedazos
 Saltar yelmos, cabezas, cotas, brazos,
 Y de tal modo á su adversario hostiga
 Que á entregarse á la fuga al fin le obliga.

En esto llega el bárbaro Agramante
 Sembrando ruina y asparciendo estrago.
 Van con él Soridano, Farurante,
 Balinverno, Prusion y Bambirago.
 De gente sin renombre
 Marcha detras innumerable copia,
 Con cuya sangre en breve
 De púrpura teñirse al suelo debe.

Del muro, en este tiempo, una gran parte
 De su tropa Agramante retirando,
 Ordena al rey de Fez que, su estandarte
 Desplegando, se vaya
 Tras de las tiendas y que ponga á raya
 Al irlandes, que, en derredor girando,
 De hacerse dellas dueño
 Muestra constante y decidido empeño.

Marcha el de Fez al punto, que no ignora
 Cuan fatal puede serle esta demora.

Sus otras huestes Agramante ordena;
 Por la llanura la mitad envia,
 Y con otra mitad sus pasos guia
 A la orilla del Sena,
 De donde, despachado por Sobrino,
 Un mensajero por refuerzos vino.

Al ruido de este ejército, se aterra
 Y huye desordenado el de Zerbino.
 Solos, en medio á la contraria hueste,
 Quedan Lurcanio, el príncipe Ariodante
 Y Zerbino; mas este
 Mal resistiera á la fe, si en tal instante
 No le acorriera un paladin pujante.

Despues de haber cien haces destrozado,
 Oye el de Amon decir que en la contienda

El principe escoces abandonado
 Y á pié quedó. Sin mas tardar la rienda
 A su corcel volviendo, llega al sitio
 Por do dispersa viene
 La hueste de Zerbino; y la detiene,
 Diciendo: « ¿Adónde vais? ¿Cómo pudisteis
 « Abandonar el campo á los infieles?
 « ¿Son esos los laureles
 « Con que ornar vuestras sienas prometisteis?
 « ¡Oh mengua digna de ejemplar castigo!
 « ¡Solo y á pié dejar así á su jefe
 « En presencia de un bárbaro enemigo! »

Así diciendo, lleno de coraje
 Robusta lanza á un escudero quita,
 Y acomete á Prusion, rey de Albaraje,
 A quien á tierra muerto precipita.
 A Agricalte en seguida
 Y á Bampirago del arzon arroja;
 A Soridano hiere, y si de vida,
 Cual á los otros dos, no le despoja,
 Es que su lanza en el encuentro afloja.
 Viéndola rota, con su fuerte espada
 A Serpentino de la Estrella embiste,
 Cuya encantada cota no resiste
 A embate tan atroz. Así despeja
 Reinaldo el campo, y á Zerbino deja
 Escoger el corcel que mas le agrada.

En esto la llegada
 Anuncian de Agramante, con Sobrino,
 Dardinelo y Balastro. Felizmente
 Montado el buen Zerbino
 En su nuevo bridon, llegar los siente.
 Desnudo el hierro en medio de esta gente
 Se arroja, y manda á muchos al infierno
 A dar noticias del vivir moderno.
 Reinaldo, en esto, que á morder la tierra
 Iba á los mas valientes obligando,
 A Bayardo empujando,

Contra Agramante cierra,
 Que mas que mil él solo daba guerra.
 El golpe fué tan fiero,
 Que al corcel derribó y al caballero.
 Mientras por fuera así de la muralla
 Cada cual lucha en general batalla,
 De ira y de audacia ciego,
 A Paris Rodomonte pone fuego.
 Por la contraria parte,
 Sin saber nada, Cárlos se ocupaba;
 Y, al mando de Ariman y de Odoarte,
 La inglesa gente en la ciudad entraba,
 Cuando al rey se presenta un mensajero
 Que, entre ayes mil: « Señor, señor, » le dice,
 « De nuestra salvacion hoy desespero.
 « A su pueblo infelice
 « Ha abandonado Dios, y del infierno
 « A Satanas envia
 « Que destruya á Paris. La llama impia
 « Mira que, entre humo, hacen crecer los vientos.
 « Del triste pueblo escucha los lamentos.
 « Un hombre solo, un musulman destruye
 « A toda una ciudad que cede y huye. »
 Bien cual aquel que, oyendo de campanas
 El repetido y fúnebre tumulto,
 Advierte que es su casa
 La que, entre tanto estrépito, se abrasa;
 Así, pasmado de este nuevo insulto,
 Cárlos congrega á su mas brava gente
 Y llega al sitio do el rumor se siente.
 Allí de tanto misero oye el duelo,
 Y miembros esparcidos
 Por aquí y por allí ve por el suelo....
 Ya diré en otro canto
 La causa de esta ruina y de este llanto.